

se propuso y consiguió la fecunda imaginación y el superior talento de aquella singular mujer.

Podía observarse, no obstante, por el adusto semblante y grave aspecto de Atax, que no era eso lo que él esperaba ni lo que se había propuesto. Así fué que se le vió esperar sin impaciencia que se calmase un poco la agitación de la muchedumbre, y entónces avanzó á su vez y dijo á Ruscín con severa entonación :

— Sí; ciertamente que ha sido el cielo quien ha inspirado á Elomare para que te salvase la vida, porque no podías morir sin prestar ántes cumplimiento á dos ineludibles deberes: el primero es el de sostener la acusación que has intentado formular contra Bebrix, y el segundo el de responder á los cargos que yo fulmino contra tí mismo como impío y sacrilego.

A pesar de la autoridad y del respeto que inspiraba Atax, no fueron bien acogidas sus palabras: los deseos de la multitud se hallaban cumplidos, y el inesperado desenlace del combate había satisfecho á todos, por la esperanza que las frases de Elomare habían hecho nacer en sus ánimos de conquistar en el extranjero un rango y unas comodidades que no les era dado esperar en el suelo de la patria. Por otra parte, el valor del viejo Ruscín había inte-

resado en favor de éste á muchos guerreros, y un grito unánime prorogó hasta el siguiente día la sustanciación de los dos juicios anunciados por Atax. Los soldados, que desde por la mañana asistían á la Asamblea sin tomar alimento alguno, estaban impacientes, y se dispersaron súbitamente para regresar á sus campamentos, oyéndose resonar en ellos hasta muy avanzada la noche el ruido de los festines, el canto bélico de los bardos y el estruendo de las armas.

V.

Al disolverse la Asamblea, fueron de observar las intencionadas y públicas formas que emplearon los druidas, guiados por Atax, para separarse de todos los jefes, penetrando silenciosamente en el Bosque Sagrado, sin querer asistir con aquéllos al Consejo Supremo que debía celebrarse en la régia morada de Ambigat.

Por otra parte, los soldados y el pueblo celta se habían retirado todos del lugar de la reunión en extremo sorprendidos del desenlace que habían tenido los varios incidentes de aquel día, y altamente preocupados con las calumniosas acusaciones que Ruscín había intentado formular contra Bebrix y Elomare; pero aún era mayor el

asombro del mismo Ruscín, que no podía explicarse las causas ni los efectos de todo lo que había ocurrido. Así es que, abismado en sus profundas meditaciones y confundido en el dédalo de mil contrarios pensamientos, regresaba lentamente á su tienda acompañado de su hija Valla. Su improvisada lucha con Bebrix, su salvacion, que la debía á la intervencion de la misma Elomare, el anunciado matrimonio de su hija con el jóven guerrero y otros muchos recuerdos, se revolvan en su imaginacion calenturienta para enlazar dichos sucesos con la sospecha, cada vez más arraigada en su pecho, de la secreta intelijencia que suponía existiese entre Bebrix y la parienta de Ambigat. Esperaba que tal vez Saron pudiera darle algunas explicaciones; pero al pasar por el campamento de aquél le dijeron que estaba ausente, y que le habían visto marchar con direccion al Sagrado Bosque en compañía de dos druidas. Finalmente, habiendo llegado á su tienda, Ruscín permaneció largo rato observando en el gracioso y animado rostro de Valla el oculto júbilo del corazon de la jóven, que, venciendo sus violentos esfuerzos, se manifestaba, á pesar de la tristeza del anciano, el cual exclamó:

— ¡ Veo que me has engañado, Valla!

— No, padre mio, respondió ella con

tranquilo ánimo, aunque con enérgico acento. Cuando quise hablaros, no quisisteis escucharme: vuestra cólera me rechazó, y hasta llegasteis á amenazarme. Yo hubiera, no obstante, arrostrado vuestras iras y vuestros golpes si hubiera podido siquiera adivinar vuestros propósitos y vuestra conducta en la Asamblea, porque sabía que Bebrix insistía más que nunca en sus proyectos de matrimonio conmigo, y sabía también que Elomare protegia y secundaba eficazmente sus pretensiones.

— ¿ Quién te ha hecho saber eso?

— La misma Elomare, que vino esta noche pasada á buscaros, y que, no habiéndos encontrado en el campamento, se acercó á mí para anunciarme también que Saron había sido admitido en la comunidad de los druidas.

— ¿ Luégo Bebrix se refería á tí en las palabras que yo sorprendí al pasar por mi lado en medio de la oscuridad? ¿ Luégo era efectivamente Saron aquel á quien yo creí reconocer entre los druidas que conducian y sacrificaron en un bosquecillo, léjos de aquí, esos animales destinados á hacer que hablasen los cielos?... Y sin embargo, añadió Ruscín cada vez más extraviado en el laberinto de sus ideas, todo esto continúa siendo para mí un misterio impenetrable.

— Ese misterio es bien fácil de explicar, contestó cándidamente la jóven. Es que Bebrix me ama.

— ¡Te ama! replicó Ruscín, descubriendo por el acento de Valla lo que pasaba en el corazón de la jóven. ¡Te ama!..... ¿Y tú?

— ¿Yo?.....

— Sí, tú.

La jóven quedó algo turbada por algunos momentos, y luégo, sin contestar á la intencionada pregunta de su padre, dijo:

— Bebrix no tuvo propósitos ni deseos de privaros de todo lo que os ganó en el juego.

— ¿Y todo lo demas que por otras artes me ha arrebatado?

— Tendría un placer en devolvéroslo.

— ¿Cómo?

— ¡Oh! Eso no debe ofrecer dificultades, y si.....

— Jóven imprudente, exclamó una voz mezclada de dulzura y solemnidad; habias urado guardar secreto sobre ese particular.

Era Elomare, que en este momento penetraba en la tienda de Ruscín. Esta mujer inteligente y activa, siempre dispuesta á intentar cuanto exijiese el buen éxito de sus empresas, lazo firme y secreto entre el poder religioso y el poder real, era aficionada á deslizarse en las sombras y á

presentarse repentinamente delante de aquellos á quienes pretendia imponer su voluntad. Este sistema de conducta lo aplicaba á todo, y experimentaba íntimo placer al avanzar secretamente en sus proyectos sin iniciar á cada uno de sus agentes más que en aquello que convenia al papel que les queria hacer representar, hasta el momento en que, llegando al punto previsto por ella todo lo que debiera concurrir al buen éxito de sus empresas, se aclaraban espontáneamente las causas y los efectos por el solo contacto de las personas y de las cosas puestas en accion. Entónces ella misma parecia admirarse de los acontecimientos, sin aparentar que habia tomado en ellos tan importante iniciativa; preparaba discretamente los sucesos en detalle, separándose luégo de ellos, astuta, sagaz y previsora, para examinar su obra desde léjos y esperar sus consecuencias, como el minero artificioso que, despues de haber barrenado una inmensa roca, contempla y observa desde cierta distancia el momento de la explosion.

Cuando entró Elomare significó á Valla, con una señal imperativa, que se alejase: la jóven obedeció inclinándose, y la sacerdotisa quedó frente á frente á solas con Ruscín.

El astuto anciano comprendia que se

encontraba en presencia de un carácter superior, cuyo influjo y dominio le era imposible evadir; pero disimuló sagazmente su embarazo y sostuvo con aparente serenidad la penetrante mirada de Elomare, quien despues de algunos momentos y sin previas explicaciones, le preguntó:

— Ruscín, ¿querrás decirme cuáles son tus intentos y lo que proyectas para mañana?

— En mi actual situacion no pueden ya formarse proyectos de ninguna especie, dijo Ruscín. Mi conducta sólo me la han de trazar los acontecimientos que de aquí al nuevo día pnedan ocurrir, ó más bien dejaré á la voluntad de quien ha conducido las cosas hasta este momento, el cuidado de indicarme el mejor camino que debo escojer.

— Sin duda pretendes, Ruscín, que yo te dé consejos á fin de formar nuevos cálculos sobre lo que me oyeras decir; pero ya te conozco, y ante todo debo decirte que nadie, sino tú, tiene la culpa del cúmulo de desdichas que te rodean, porque has sido el juguete de tus propias cavilaciones. Siempre dedicado á levantar obstáculos y dificultades á los ajenos proyectos; imagínádotte, con torpe juicio, que todo lo que no es para tí es contrario á tu

fortuna; aplicándote más bien, las más de las veces, á destruir la de los demas que á mejorar la tuya propia, tienes precision de sostener mañana, como consecuencia de tus errores, la acusacion que has hecho, y de responder ademas á la que se ha formulado contra tí.

— En cuanto á la primera, dijo Ruscín, no necesita más explicaciones que las palabras que he pronunciado: he acusado á Bebrix de ladron, y es preciso que justifique de donde proceden las riquezas que ostenta; y tú misma que le has conocido pobre has debido escandalizarte de las joyas y alhajas con que ahora se engalana.

— Veo, dijo Elomare, que no quieres ya decir que las ha adquirido por el adulterio, y tal vez por el asesinato; puesto que tú sabes bien, mejor aún que yo misma, que mi esposo Vintex ha muerto.

Estas palabras turbaron á Ruscín, y Elomare añadió:

— Sí; tú lo sabes con tanta certeza, que así lo has asegurado á todos los soldados que han querido oírtelo decir.

No le sorprendió á Ruscín que hubiesen llegado á noticia de Elomare las calumnias que él había esparcido por los campamentos; pero sí quedó algo desconcertado al ver la firmeza con que aquella mujer aseguraba lo que decia.

—¿Y quién no se hubiera engañado lo mismo que yo?, dijo. ¿Quién hubiera interpretado de distinta manera tus nocturnas visitas al campamento de Bebrix y las amorosas frases que él te decia esta noche pasada cuando?.....

Comprendiendo Ruscín su imprudencia y que había ido más allá de lo que debiera, se detuvo; pero Elomare, continuando la hilación de aquellas palabras, prosiguió:

—¿Cuándo espías nuestros pasos, no es eso? Ahora comprendo por qué no te encontré en tu campamento cuando anoche vine á buscarte, y adivino también cómo has llegado á descubrir el secreto y las artes de que nos servimos para dirigir el vuelo de las aves sagradas. ¿Sabes, Ruscín, que tu atrevimiento puede costarte la vida?

—Lo sé.

—¿Y cómo esperas salvarte?

—¿Es necesario á tus designios que yo me salve? objetó Ruscín, como queriendo penetrar en el pensamiento de la sacerdotisa.

—No, respondió Elomare con frialdad; eso importa poco á mis proyectos, y aunque has procurado crear obstáculos que se opusieran al éxito de mis planes, no he querido vengarme con tu daño, porque ha-

bia recibido la hospitalidad en tu morada; pero ahora ya es otra cosa: tu acusación pone fin á mi gratitud, me desliga de todo compromiso y nada haré en favor tuyo, puesto que tu salvación depende de tí mismo.

Al decir esas palabras intentó Elomare salir; pero Ruscín hizo un movimiento para detenerla, diciéndole:

—¿Has venido á verme sólo para esto, Elomare? ¿No tienes nada más que decirme?

—No he venido á decir, sino á que me dijeras: te he preguntado lo que pensabas hacer mañana, y nada me has querido responder. Nada, pues, tengo ya que hacer aquí.

La sacerdotisa dió resueltamente un paso más para alejarse, y Ruscín entónces, impulsado por las angustias que le atormentaban, despojóse de repente de su reserva y de las astucias con que había pretendido sorprender los secretos de Elomare, manifestando en una sola frase, llena de ansiedad é incertidumbre, todos los temores y toda la turbación de su espíritu.

—¿Pero qué quieres tú que yo haga? preguntóle en el colmo de la desesperación.

Elomare le miró con la sonrisa de su vanidad satisfecha, y dijo:

— Quiero que hagas lo que habias proyectado hacer : quiero que, segun lo tenias resuelto, explanes tu acusacion contra mí y contra Bebrix.

— ¡Eso quieres !..... exclamó Ruscín estupefacto y creyendo siempre descubrir un lazo y una asechanza en los consejos que recibia.

— ¿ Supones acaso que no pueda defenderme ? le observó Elomare con digno ademán y noble orgullo.

Ruscín permaneció en silencio, porque comprendió que en cuanto á aquel extremo se habia dicho ya la última palabra ; pero luégo bajando la vista y demostrando su turbacion , balbuceó :

— Bien ; pero y yo, ¿ cómo he de defenderme ?

— Suponia, contestó Elomare, que un talento tan previsor como el tuyo no debiera experimentar semejante embarazo, y que tu penetracion te habia hecho ya comprender fácilmente que, de los dos jefes que habian venido con Bebrix del pais de los Tectósagos, no serías tú aquel á quien era forzoso sacrificar.

— En efecto, Saron.....

Ruscín quedó un momento pensativo, y cuando alzó la vista ya Elomare habia desaparecido. La sacerdotisa habia indicado suficientemente á Ruscín el único medio

de salvacion que á éste le quedaba ; pero no quiso escuchar de los labios del anciano que habia sido comprendida. Solamente entre los perversos y desalmados se discute y explica con naturalidad y detenimiento el crimen ó la traicion ; pero los que, como Elomare en aquella ocasion, practican el mal por necesidad y con un fin que santifica á sus ojos la crueldad de los medios, guardan siempre esa especie de pudor que oculta á las malas acciones su odiosidad.

VI.

Los detalles de la nueva Asamblea que se celebró al dia siguiente no merecen los honores de un prolijo relato. Bastará sólo decir los medios de que se sirvió Bebrix para rechazar la terrible acusacion que contra él habia lanzado Ruscín : confesó que, en efecto, habia salido pobre de su comarca, poseyendo solamente una escasa cantidad de dinero que habia tomado á préstamo con la garantia de pagarla en la otra vida, si no le era posible solventar la deuda ántes de su muerte ; pero que los donativos del rey Ambigat le habian enriquecido. Ambigat declaró ser cierto lo declarado por Bebrix, añadiendo que al prodigar sus dones á un guerrero tan jus-